

Respuesta a la pregunta de Job

*«Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?»
Job 14:14*

Ningún tema despierta un interés más universal que el que encierra esta apremiante pregunta formulada por Job. En circunstancias normales, nadie quiere morir, pero todos se dan cuenta de que, por lo que respecta a la previsión de la humanidad, la muerte aguarda a todos los miembros de la humanidad. Por lo tanto, la pregunta que está en el corazón de todos y en los labios de muchos es si hay vida después de la muerte.

A lo largo de los siglos, las personas, en su dolor por la muerte de sus seres queridos y en la certeza de su propio colapso definitivo ante el gran enemigo, la muerte, han ideado todo tipo de filosofías para calmar sus temores y negar la realidad de lo que es tan trágicamente real. Han adoptado la creencia de que la muerte no es lo que parece ser; que es un medio por el cual los seres humanos entran en otro reino de vida más sublime o, en algunos casos, en una condición de tormento eterno.

¿Dónde están los muertos? ¿Qué sucede cuando una persona muere? ¿Están los muertos más vivos que los vivos? Hace miles de años, el hombre justo Job preguntó las palabras citadas en nuestro versículo inicial: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?» Aquí el profeta de Dios habló en nombre de miles de millones de personas que han llorado la

pérdida de sus seres queridos y que, al igual que toda la humanidad, han temido la llegada de la muerte segura.

Job tenía un interés personal y vital en la respuesta a su pregunta, pues acababa de pedirle a Dios que lo dejara morir (Job 14:13). Job no estaba cansado de vivir, sino agotado por el sufrimiento hasta el punto de preguntarse si valía la pena vivir en tales condiciones. Santiago escribió: «Habéis oído hablar de la paciencia de Job» (Santiago 5:11). Job necesitaba paciencia, pues Dios había permitido que le sobrevinieran graves calamidades. Sus rebaños, sus manadas y su familia fueron destruidos por completo. Perdió la salud y se vio afligido por una repugnante enfermedad de la piel que le cubría todo el cuerpo. Finalmente, su esposa se volvió contra él y le dijo: «Maldice a Dios y muere» (Job 2:9).

Job, sin embargo, no tenía intención de maldecir a Dios. Confiaba en Dios, aunque no entendía por qué se le permitía sufrir tanto. Es comprensible que buscara liberarse del sufrimiento si esa era la voluntad de Dios, por lo que oró: «¡Ojalá me escondieras en la tumba, me mantuvieras en secreto, hasta que pasara tu ira, me fijaras un plazo y te acordaras de mí!» Job 14:13

Habiendo pedido así a Dios que le dejara morir, Job reflexionó sobre lo que implicaría que Dios respondiera a su oración y le permitiera morir. Así que preguntó, en las palabras de nuestro texto inicial: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?». Job preguntó desde el punto de vista de su propia experiencia y sentimientos. Sin embargo, como profeta de Dios, sus palabras están inspiradas de

manera divina, por lo que sabemos que formuló la pregunta sobre la vida después de la muerte de una manera acorde con la verdad de la Palabra de Dios sobre el tema.

Es importante notar que Job no preguntó: «Si un hombre muere, ¿está más vivo que nunca?». Tampoco preguntó: «Si un hombre muere, ¿significa eso que se ha ido al cielo o a un lugar de tormento?». Job sabía que cuando un hombre muere, está muerto, por lo que la pregunta que hizo fue: «¿Volverá a vivir?». Así, se nos llama la atención sobre la gran verdad fundamental de la Biblia de que la vida después de la muerte depende de la restauración de los muertos a la vida. Hay esperanza de vida después de la muerte, no porque no exista la muerte, sino porque Dios ha prometido usar su gran poder para devolver a los muertos a la vida. Job creía que si se le permitía morir para escapar de más sufrimiento, Dios lo resucitaría más tarde. Dijo: «Todos los días de mi tiempo señalado esperaré [en la muerte], hasta que llegue mi cambio [de la muerte a la vida]. Tú me llamarás, y yo te responderé; tendrás deseo de la obra de tus manos». Job 14:14, 15

La esperanza de la resurrección

Es esta esperanza de la resurrección la que tenía Job, la cual se expone tan claramente y con tan reconfortante seguridad en el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo escribió: «Puesto que por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos» (1 Corintios 15:21). En este texto, el «hombre» perfecto, Adán, transgredió la ley divina y trajo sobre sí mismo y sobre su descendencia la pena de muerte. El «hombre»

perfecto, Jesús, tomó el lugar del pecador en la muerte y, de este modo, hizo posible la liberación de la raza adánica de la muerte por medio de la resurrección. Esto es lo que Pablo quiso decir cuando escribió: «La paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Romanos 6:23).

¿Por qué la confusión?

El origen de gran parte de la confusión sobre la vida después de la muerte se remonta al Jardín del Edén. Dios le dijo a Adán: «No comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día que comas de él, ciertamente morirás». (Génesis 2:17). Más tarde, Satanás, hablando a través de la serpiente, le preguntó a Eva al respecto, diciendo: «¿Es verdad que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?». Eva confirmó lo que Dios había dicho, incluida su afirmación de que la muerte sería el castigo por la desobediencia. Génesis 3:1-3

Entonces Satanás, respondiendo a Eva, dijo: «De ninguna manera moriréis» (Génesis 3:4). Esto fue una negación descarada de lo que el Creador había dicho. En efecto, Satanás acusó a Dios de mentir cuando dijo que la muerte sería el castigo por la desobediencia. Es posible que Satanás creyera que de alguna manera podría frustrar el propósito divino de infligir la pena de muerte al hombre. De ser así, pronto descubrió que sus esfuerzos por hacerlo eran inútiles, pues la humanidad comenzó a morir.

Sin embargo, Satanás no admitió que estaba equivocado. En cambio, comenzó, a través de agentes humanos, a difundir la mentira de que la muerte no es lo que parece ser, que no existe la

muerte. En la medida en que pudiera inducir a las personas a creer esto, estaría demostrando que dijo la verdad cuando le dijo a Eva: «De ninguna manera moriréis»; solo parecerá que morirán, y cuando parezcan morir estarán más vivos que nunca.

Jesús dijo de Satanás: «Él es mentiroso y padre de la mentira». (Juan 8:44). En otras palabras, Satanás engendró la primera mentira, y fue la mentira más devastadora y de mayor alcance que jamás se haya dicho. Esta falsedad, que se originó en el Jardín del Edén, ha corrompido la Verdad sobre la muerte en las mentes de personas de todas las naciones y religiones; mientras que la Verdad, tal como la expresó Dios en la declaración: «Ciertamente moriréis», solo ha sido creída por relativamente pocos.

La falsedad de la «entidad separada»

Ha sido evidente para todos que el cuerpo humano muere y vuelve a los elementos. Satanás sabía que no había forma posible de engañar a la gente con respecto a esto. Por lo tanto, comenzó a difundir la noción de que hay algo dentro del organismo humano que está separado del cuerpo, una entidad que escapa del cuerpo cuando este muere y continúa viviendo. En los círculos que se profesan cristianos, a este algo indefinible se le denomina el «alma inmortal».

Los antiguos egipcios sostenían esta opinión. Más tarde fue adoptada por los filósofos griegos y romanos. Después de que los apóstoles fallecieron, fue introducida en la iglesia cristiana por filósofos paganos. Aunque se describe de diversas maneras, esta teoría de que hay algo dentro del hombre que

no puede morir, y por lo tanto de que no existe la muerte, ha sido la creencia común de la mayoría de los religiosos, tanto cristianos como no cristianos.

La Biblia indica que este pensamiento prevalecía entre muchos incluso en los días del rey Salomón, y lo encontramos combatiendo este error con la Verdad. Él escribió: «Lo que les sucede a los hijos de los hombres les sucede a las bestias; a ambos les sucede lo mismo: como muere uno, así muere el otro; sí, todos tienen un mismo aliento; de modo que el hombre no tiene preeminencia sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van a un mismo lugar; todos son del polvo, y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe [quién puede demostrar] si el espíritu del hombre sube, y el espíritu de la bestia desciende a la tierra?» Eclesiastés 3:19-21

Con qué claridad expone Salomón la Verdad de Dios, afirmando que en la muerte el hombre y la bestia son iguales, que todos tienen un mismo aliento, o «*el espíritu*», como se traduce la misma palabra hebrea en Eclesiastés 3:21. Después de exponer así la Verdad, pregunta: «¿Quién sabe [puede demostrar lo contrario]?» Evidentemente, él sabía que las naciones paganas circundantes creían en la mentira de Satanás de que no hay muerte, de que, aunque el cuerpo muere, hay un «*espíritu*» que va «hacia arriba» y sigue viviendo. Sin embargo, Salomón muestra que esto no es cierto. Más bien, dice que, en la muerte, el hombre y los animales son iguales. La preeminencia del hombre radica en el hecho de que Dios ha prometido devolver la vida a los humanos muertos en la resurrección, pero no ha prometido hacer lo mismo con los animales inferiores.

El «alma inmortal» no es bíblica

La expresión «alma inmortal» no aparece en ninguna parte de la Biblia, ni las Escrituras enseñan ni remotamente que una entidad separada more dentro del cuerpo humano y escape para vivir en otro lugar cuando el cuerpo muere. El primer uso de la palabra «alma» en la Biblia se encuentra en Génesis 2:7. En este versículo se nos dice que Dios creó al hombre del «polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en un alma viviente».

Observe que el versículo dice que el hombre «se convirtió» en un alma viviente, no que «tiene» el alma. Un «alma viviente» es simplemente un ser vivo, o una criatura viviente, que, como revela este texto, resulta de la unión del aliento de vida con el organismo, o cuerpo. El cuerpo no es el alma. El aliento de vida no es el alma. Es cuando, a través del poder divino, el aliento da vida al cuerpo que la combinación de ambos da como resultado un «alma viviente».

Salomón dijo que el hombre y la bestia tienen todos un mismo aliento, y tenía razón. Con respecto a los seres humanos y los animales inferiores destruidos en el Diluvio, leemos: «Murió toda carne que se movía sobre la tierra, tanto de aves como de ganado, y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y de todo hombre; todo lo que tenía aliento de vida en sus fosas nasales, de todo lo que estaba en la tierra seca, murió». Génesis 7:21, 22

Dado que la creación animal vive por medio del mismo «aliento de vida» que permite vivir al hombre, los animales también son «almas vivientes». Esta

importante verdad queda oculta al lector casual de la Biblia debido a la inconsistencia de la traducción. Por ejemplo, Génesis 1:24 dice: «Dijo Dios: “Que la tierra produzca seres vivientes según su género: ganado, reptiles y bestias de la tierra, cada uno según su género”; y así fue». En este texto, la frase «seres vivientes» es una traducción de precisamente las mismas palabras hebreas que se traducen como «el alma viviente» en Génesis 2:7, donde se hace referencia a Adán; las palabras «ser» y «alma» son ambas traducciones de la palabra hebrea «nephesh». Dado que los traductores se esforzaron por establecer una diferencia entre el hombre y los animales, algo que las Escrituras no justifican, utilizaron la palabra «criatura» cuando se referían a los animales inferiores, y «el alma» cuando el texto se refería al hombre. No es de extrañar que Salomón escribiera: «Como muere uno, así muere el otro».

El pensamiento correcto lo expresa claramente Salomón, quien, al describir lo que sucede cuando un hombre muere, escribió: «Entonces el polvo volverá a la tierra como estaba, y el espíritu volverá a Dios que lo dio». (Eclesiastés 12:7). La simple verdad expuesta en este texto se confunde en la mente de muchos por un malentendido de la palabra «*el espíritu*». Esta traduce la palabra hebrea «*ruach*», que simplemente significa «aliento» o, como en este caso, el poder invisible de la vida.

Este texto ni siquiera sugiere remotamente que cuando un hombre muere haya una entidad consciente que escape de su cuerpo y sea llevada ante Dios en el cielo. La palabra «*regresar*» utilizada en el texto anterior excluye la posibilidad de tal

interpretación. El cuerpo regresa al polvo porque vino del polvo. Si el «*espíritu*» fuera una entidad separada que regresara a Dios, significaría que anteriormente moraba con Dios y se le permitió venir a la tierra temporalmente para habitar un cuerpo humano. ¡Qué irracional sería tal conclusión!

¿Hasta qué punto, sin embargo, concuerda la definición de muerte de Salomón con los hechos expuestos en la Biblia respecto al alma o ser viviente del ser humano? Cuando el cuerpo y el aliento regresan a sus fuentes originales, el alma o ser viviente deja de existir. Ha muerto, y la muerte es el castigo por el pecado. Ezequiel 18:4 declara con palabras sencillas: «El alma que peca, esa morirá».

La muerte denominada «sueño»

Debido a que Dios ha prometido devolver la vida a los humanos fallecidos, la Biblia se refiere a los que han muerto como si estuvieran durmiendo. Esta importante verdad de la Biblia es resaltada por Jesús en su referencia a la muerte de Lázaro, el hermano de Marta y María. Él les dijo a sus discípulos: «Nuestro amigo Lázaro duerme». Los discípulos pensaron que Jesús se refería al sueño natural, por lo que les dijo claramente: «Lázaro ha muerto». Juan 11:11-14

Aquí Jesús expuso una de las enseñanzas básicas de la Palabra de Dios. Lázaro estaba muerto, pero también estaba «dormido». Cuando Dios le dijo a Adán que la desobediencia resultaría en la muerte —«Ciertamente morirás»—, se refería a la extinción de la vida. Esta extinción de la vida habría sido permanente de no ser por el hecho de que Dios aún amaba a sus criaturas humanas y les proporcionó

redención mediante el regalo de su amado Hijo para ser el redentor y Salvador de la humanidad de la muerte. Juan 3:16, 17; 1 Timoteo 2:3-6

Jesús entregó su «carne», su humanidad, como «el rescate [griego: precio correspondiente] por todos», «por la vida del mundo» (Juan 6:51). La desobediencia del hombre perfecto, Adán, trajo el pecado y la muerte sobre todos sus descendientes. La justicia de Dios exigía «vida por vida», la muerte del hombre perfecto, Jesús, para compensar la desobediencia y la pena de muerte impuesta a Adán. La muerte de Jesús proporcionó el «rescate», o precio correspondiente, por Adán. En consecuencia, fue Jesús quien «por la gracia de Dios debía probar la muerte por todos» (Éxodo 21:23; Romanos 5:12-19; Hebreos 2:9). Así, se dispuso el pago de la pena, la sentencia de muerte, que se dictó contra Adán y su raza. Aunque todos han seguido muriendo, debido a la redención proporcionada por medio de Cristo Jesús, habrá un despertar de los muertos. Por lo tanto, la Biblia utiliza el término «sueño» para describir su ausencia de vida en este intervalo.

Los que están dormidos no tienen conciencia del mundo exterior, y lo mismo ocurre con los que están muertos. No ven nada, no oyen nada, no saben nada. La Biblia dice: «Los vivos saben que morirán, pero los muertos no saben nada» (Eclesiastés 9:5). Los que están dormidos pueden ser despertados; así que los que están «dormidos» en la muerte pueden ser despertados, y lo serán. Como dijo Jesús acerca de Lázaro: «Me voy, para despertarlo del sueño» (Juan 11:11). Todos los que están dormidos en la muerte serán despertados, por poder

divino, en la mañana del nuevo día de la tierra. Por eso leemos: «El llanto puede durar toda la noche, pero la alegría viene por la mañana». Salmo 30:5

Marta consolada

Jesús y la pequeña familia de Betania —María, Marta y Lázaro— eran amigos especiales. Cuando Lázaro enfermó, Jesús y sus discípulos se encontraban a cierta distancia de Betania. Las hermanas enviaron un mensaje a Jesús sobre la enfermedad de Lázaro, pero él no fue a verlas de inmediato. Esperó dos días. Entonces Jesús anunció que Lázaro había muerto y que estaba durmiendo, y que iba a «despertarlo del sueño». Juan 11:1-15

Marta salió al encuentro de Jesús cuando se acercaba a su casa. Reprendiéndolo con delicadeza, le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (Juan 11:21). Marta tenía el corazón destrozado, y esta era una excelente oportunidad para que Jesús la consolara, cosa que hizo. ¿Qué palabras tranquilizadoras de consuelo le dijo el Maestro a Marta en su momento de gran necesidad? ¿Le dijo Jesús, como se ha dicho a menudo en circunstancias similares: «Marta, tu hermano no está realmente muerto, simplemente se ha despojado de su envoltura exterior, su cuerpo»? ¿Dijo que el verdadero Lázaro estaba más vivo que nunca? ¿Le dijo Jesús a Marta que era muy probable que el «alma» de Lázaro estuviera flotando cerca? ¿Dijo: «Marta, no hay muerte»?

Jesús no dijo nada de eso. Anteriormente había dicho a sus discípulos: «Lázaro ha muerto», y ahora no iba a contradecir esa verdad diciéndole a Marta

que su hermano estaba más vivo que nunca. Lo que sí le dijo para consolar a Marta estaba en consonancia con el testimonio de toda la Palabra de Dios. Sabiendo que Lázaro estaba realmente muerto, le dijo a Marta: «Tu hermano vivirá de nuevo». Juan 11:23

Marta no estaba segura de lo que implicaban exactamente estas palabras. Sabía que Jesús había despertado a otros del sueño de la muerte, y le había dicho a Jesús: «Todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo concederá», pero no estaba segura de que Jesús fuera a pedirle a Dios en ese momento que despertara a su hermano del sueño de la muerte. Ella respondió: «Sé que vivirá de nuevo en la resurrección del último día». Juan 11:22, 24

Marta sabía claramente que habría una resurrección general de todos los muertos, y que entonces Lázaro sería despertado del sueño de la muerte. Ella conocía las promesas registradas en el Antiguo Testamento, y había prestado atención reverente y creyente a las enseñanzas de Jesús, por lo que sabía que había una gloriosa esperanza de resurrección para toda la humanidad. Marta también entendía que la resurrección general tendría lugar en «el último día». El último día no es el «día del juicio final», como muchos han supuesto. La palabra «día» en este caso se refiere a un período, un tiempo en el gran plan de Dios para la redención y la salvación de la humanidad del pecado y la muerte.

Hay varios períodos de tiempo, o edades, en el plan de salvación de Dios, tanto antes como después de la Primera Venida de Cristo. Estas han sido edades preparatorias en las que Dios ha seleccionado y preparado a aquellos que cooperarían con Jesús en

el período final del arreglo divino, la edad del reino justo de Dios, bajo el gobierno de Cristo. (Jeremías 23:5; Mateo 6:10). Es entonces cuando el plan de Dios alcanzará su consumación con el despertar de los muertos y la restauración a la perfección de la vida para todos los que entonces crean y obedezcan las leyes del reino de Cristo.

Marta sabía acerca de esta era final, o último día, en el plan de Dios, y que su hermano, y todos los que habían muerto, serían entonces despertados del sueño de la muerte. Sin embargo, Marta no sabía si esto era lo que Jesús quería decir cuando dijo: «Tu hermano vivirá de nuevo», ni Jesús le explicó directamente cuáles eran sus intenciones inmediatas. En cambio, respondió: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, nunca morirá». (Juan 11:25, 26). Al identificarse a sí mismo como «la resurrección y la vida», Jesús demostró que él era quien despertaría a todos los muertos en el último día. Entonces, durante el reino, dará vida eterna a todos los que se vuelvan obedientes a los principios de Dios y que en ese momento hayan creído en él de todo corazón.

Después de tranquilizar a Marta asegurándole que la resurrección de la humanidad tendría lugar, Jesús le preguntó: «¿Crees esto?». Marta respondió: «Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». (Juan 11:26, 27). Marta entendió, y con razón, que el Cristo, o Mesías prometido, sería enviado al mundo para salvar a la humanidad de la muerte, y que esto se lograría mediante el despertar de todos aquellos que duermen en la muerte. Ella creía que en Jesús estaba «la resurrección y la vida».

El despertar de Lázaro

Después de que Marta confesara su fe en Jesús como el Mesías y en su capacidad para devolver la vida a los muertos, regresó a su casa y le pidió a María que la acompañara a encontrarse con Jesús, lo cual ella hizo. El corazón de Jesús se conmovió ante esta escena de dolor y gran pérdida, y, junto con los demás, también lloró. Luego pidió que le mostraran la tumba donde estaba enterrado Lázaro. Juan 11:28-35

De pie junto al sepulcro, Jesús pidió que se quitara la piedra que tapaba la entrada. Entonces Marta protestó. Anteriormente había confesado su fe en que Jesús podía devolver la vida a su hermano, pero ahora dudaba y le dijo a Jesús: «Señor, ya huele mal, pues lleva cuatro días muerto». (Juan 11:39). A Jesús esto no le importaba. Estaba a punto de demostrar con Lázaro lo que finalmente se lograría por el poder divino para todos los que han muerto, y donde opera el poder divino no importa si una persona ha estado muerta cuatro días o miles de años; la vida puede ser restaurada. Aquel que, como instrumento de Dios, creó la vida en primer lugar, es plenamente capaz de restaurarla.

De pie ante la tumba abierta, y tras una oración apropiada, Jesús gritó con voz fuerte: «Lázaro, sal». (Juan 11:43). Es interesante notar lo que el relato no dice. No dice respecto a Lázaro que hubiera ido al cielo y regresado. Lázaro no había ido al cielo. No dice que hubiera ido a un abismo de tortura eterna y que hubiera sido liberado del tormento. No existe ningún abismo de tortura eterna.

El relato afirma que cuando Jesús gritó: «Lázaro, sal... el que había muerto salió». Lázaro, «el que había muerto», había sido despertado del sueño de la muerte. Liberado de sus mortajas, Lázaro se mezcló y se reunió con su familia y amigos como lo había hecho antes. Restablecido a la vida, no era ni un fantasma ni un espectro. Era el mismo Lázaro de antes. Estaba contento de estar vivo de nuevo, y su familia estaba contenta de tenerlo de vuelta con ellos.

«No os maravilléis»

En una ocasión anterior, al hablar de la resurrección de los muertos, Jesús dijo: «No os maravilléis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán: los que han hecho lo bueno, a la resurrección de vida; y los que han hecho lo malo, a la resurrección de juicio». (Juan 5:28, 29). Aquí se nos asegura que, así como Lázaro fue llamado a salir de la tumba, así todos los muertos serán llamados a salir en el momento de la resurrección general.

Observamos que Jesús aquí también habla de dos clases generales en la resurrección: los que han hecho el bien y los que han hecho el mal o no han hecho el bien. A los que han hecho el bien se les menciona en el versículo 24 como los «creyentes» de la era presente. Estos no entrarán en el juicio futuro, pues pasan su prueba con éxito en la vida presente. Al haber hecho «el bien» al creer y seguir fielmente las huellas de Jesús, han demostrado ser dignos de ser resucitados de la muerte a una resurrección de «vida». Aquellos que no han demostrado ser dignos de esta manera son despertados de la muerte y sometidos a juicio, pues

su despertar tendrá lugar durante el día del juicio de mil años del mundo. Hechos 17:31; 2 Pedro 3:8; Revelación 20:6

La palabra griega traducida como «juicio» en Juan 5:29 es «*krisis*». Todos los que ahora no se demuestren dignos de la vida se enfrentarán a una crisis cuando sean despertados del sueño de la muerte. Por supuesto, entonces serán plenamente iluminados en cuanto a las cuestiones involucradas. Se les dará la oportunidad, basada en la plena comprensión, de aceptar la provisión de vida hecha para ellos a través de Cristo y de obedecer las leyes de su reino justo, que entonces estará a cargo de los asuntos de toda la humanidad. Si aceptan y obedecen, serán restaurados a la perfección de la vida humana y vivirán para siempre. Esta será su resurrección completa. Si no aceptan y obedecen, volverán a la muerte. De ese tiempo, Pedro dijo que aquellos que no obedecen «serán completamente eliminados» de entre el pueblo. Hechos 3:23

Los creyentes de la era actual, que han demostrado ser dignos de vivir y reinar con Cristo, participarán en la resurrección para «gloria, honor e inmortalidad». (Romanos 2:7). Se ve, pues, que la inmortalidad no es una cualidad inherente al hombre, sino una gloriosa recompensa ofrecida a aquellos que están dispuestos a sufrir y morir con Jesús para que puedan vivir con él. Como coherederos con Jesús en su reino, estos también serán co-jueces con él durante ese período de juicio. 1 Corintios 6:2; Revelación 3:21; 5:10

¡Qué feliz consumación del plan de Dios será esta! El reinado del pecado y la muerte, provocado por la transgresión de Adán en el Edén, no durará para

siempre. Todos los que han muerto durante este largo período de llanto serán despertados y se les dará una oportunidad individual de obedecer las leyes de Dios y vivir para siempre sobre la tierra.

Esta es una esperanza gloriosa para la humanidad, y el profeta de Dios, David, la expone de manera simbólica y hermosa. Citamos: «Decid entre las naciones: El Señor reina. El mundo está firmemente establecido; no puede ser movido; él juzgará a los pueblos con equidad. Alégrese los cielos, regocíjese la tierra; resuene el mar y todo lo que hay en él. Que se regocijen los campos y todo lo que hay en ellos; que canten de alegría todos los árboles del bosque. ... Él viene a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con su fidelidad» (Salmo 96:10-13). En efecto, hay vida después de la muerte, porque por poder divino los muertos serán devueltos a la vida. Esta es la gran esperanza que se nos ofrece en la Palabra de Dios.